

PACO CERDÀ

Los últimos

Voces de la Laponia española

ÍNDICE

Prólogo	7
GUADALAJARA. Zona Cero	11
TERUEL. Demotanasia	31
LA RIOJA. «O te mueres, o te vas»	47
BURGOS. Templo de silencio	61
VALENCIA. Maquis del sistema	77
CUENCA. Campo de tierra	93
ZARAGOZA. El último pupitre	101
SORIA. El origen de la fe amarilla	119
SEGOVIA. Lejos del mundanal ruido	133
CASTELLÓ. La chaqueta de Simón	153

PRIMERO INQUIETAN LOS TITULARES. El mayor desierto demográfico de Europa tras la zona ártica de Escandinavia. El territorio más desestructurado del Viejo Continente. El feudo español de la despoblación. El primer caso ibérico de demotanasia. Un éxodo humano transmutado en metástasis de la desolación. Un etnocidio silencioso. Una zona biológicamente muerta y condenada a su inmediata extinción. La Laponia del sur. El vacío.

Después estremece el contexto. Si el distrito hongkonés de Mongkok acumula 130.000 habitantes por kilómetro cuadrado, Manila acaricia los 43.000, Manhattan supera los 27.000, Barcelona rebasa los 15.000, la provincia de Madrid sobrepasa los 800 y el conjunto de España conserva una media de 92 humanos por kilómetro cuadrado, este vastísimo territorio incrustado en la periferia de cinco comunidades españolas, que se extiende por diez provincias y agrupa a 1.355 municipios, esta tierra donde el silencio cabalga montañas y las voces infantiles quedaron afónicas el siglo pasado tiene una densidad media de solo 7,34 habitantes por kilómetro cuadrado. Igual que la gélida y boreal Laponia. Menos de ocho personas por cada 140 campos de fútbol. Imagine todo Mónaco: con dicha densidad allí vivirían dieciséis ciudadanos. Imagine la Ciudad del Vaticano: allí habitarían cuatro.

Pero ni los titulares ni su correlato explicativo. Nada golpea con tanta fuerza ni rasga las entrañas tan a fondo como llegar a la apartada aldea valenciana de Arroyo Cerezo —diez habitantes en

invierno— y ver como, al grito de Vicente, sale Vicente Lázaro con paso lento y vacilante de entre la penumbra de su casa.

El pelo blanco demasiado largo y revuelto, una barba de varios días que puntea y desaliña el rostro, una simple cuerda que ciñe el pantalón a sus enjutas carnes haciendo las veces de austero cinturón. El olor de quien nunca espera visita lo precede y excita a las moscas que revolotean a su alrededor. Es pastor, igual que su hermano Tomás. Ambos comparten casa, aldea y vida; nunca se casaron. Tiene 80 años: los suficientes como para haber presenciado el goteo constante de puertas que se cerraron para siempre, de campos que nadie volvió a trabajar, de paisajes que se han ido degradando. Vive en el techo poblado del País Valencià, la última aldea lindando ya con tierras manchegas y turolenses, a 1.340 metros de altitud y con temperaturas que han alcanzado los veintidós grados bajo cero en invierno. Un frío propio de Siberia que obliga a dejar el grifo abierto durante la noche para que no se congelen las cañerías.

Desconcierta que su casa no tenga número en la fachada, aunque también resulta difícil imaginar a alguien interesado en mandar una carta a esta choza que carece de agua corriente y malvive con una bombilla transparente que el tiempo ha opacado. A Vicente, hombre de pocas palabras y con una boca desacostumbrada a parlotear, no se le oyen lamentos ni quejidos. Nada por lo que protestar. Yo aquí estoy muy bien, dice. ¿Más gente para qué, para reñir más? Los sitios grandes son más pesados: hay más personas, más inconvenientes. Se vive mejor aquí, llánico, que subiendo seis pisos, replica antes de volver al interior oscuro de su guarida en esta aldea de Castielfabib donde cuarenta y dos farolas led mitigan las tinieblas cada anochecer. Salen a cuatro farolas por barba. Seguramente nunca haga falta renovarlas. Esta aldea que llegó a 265 habitantes puede quedar despoblada en veinte años, barrunta Concha Tormo mientras acompaña al forastero a casa de Josefina Ros, casi la última del lugar.

Decir que Josefina abre la puerta sería mentir: aquí las puertas están casi siempre abiertas. ¿A quién cerrarlas si no pasa nadie? La pronunciada curvatura de su espalda, las viejas botas varoniles rotas por la puntera y unas manos grandes, duras, encalladas y con anchas uñas son su digna tarjeta de visita. De qué otro modo habrían de ser las manos y la espalda de esta aguerrida mujer de 77 años que nació en Castielfabib; que a los nueve años emigró a casa de unos familiares en Sabadell para trabajar en un telar y de costurera mañana, tarde y a veces noche; que regresó a su tierra natal cuando sus padres envejecieron y la necesitaron; que al final se casó con Domingo, natural de Arroyo Cerezo, y se refugió en esta aldea de paisajes embaucadores para nunca ya dejar de trabajar. Justo enfrente de su casa queda el huerto que ella misma labora. Dice que no le hace falta más. Que aunque no pueda ni imaginar una tienda en la esquina ni vea tres ratas pasar, aquí está todo cuanto necesita para ser feliz.

—Pero la gente va donde le dan la teta, y esto me parece que no tiene futuro. No sé qué futuro puede haber aquí —interroga al aire.

La pregunta es compartida en este desierto con almas bautizado como Serranía Celtibérica que se expande por 65.000 kilómetros cuadrados de Soria, Teruel, Guadalajara, Cuenca, Valencia, Castelló, Zaragoza, Burgos, Segovia y La Rioja. El nombre remite a los pueblos celtas que habitaron estas tierras hace dos milenios y cuya feroz resistencia ante las legiones del Imperio romano se convirtió en leyenda. Qué futuro le aguarda.

Con un pasado aquejado de súbito alzhéimer y un presente invisible para la España urbana que la rodea, qué futuro espera a este territorio con dos millares de núcleos habitados —contando pueblos, aldeas y pedanías— que dobla en superficie a Bélgica y triplica a Eslovenia pese a no reunir en su seno ni a medio millón de habitantes. Qué futuro acecha a esta mancha semidesértica en el mapa que concentra la mitad de los municipios españoles con

GUADALAJARA. Zona Cero

VINE A MOTOS PORQUE me dijeron que acá vivía un solo habitante, un tal Matías López. Vine a buscar la zona cero de la despoblación, el punto justo donde el tumor de la soledad se transmuta en metástasis de la desolación. Vine un domingo a mediodía buscando a un pastor soltero llamado Matías. Pero no hallé más que silencio y soledad. No encontré otra cosa que un no-lugar en un no-tiempo, una encrucijada geográfica y mental alejada de toda coordenada conocida.

—Matías ha salido con el rebaño. Si subes a ese cerro y no lo ves, tendrás que esperar a que vuelva. Y él no tiene horarios, es imprevisible —advierde un hombre que está de paso en el pueblo mientras carga y descarga material en un almacén particular.

Casi cuatro horas de eterna espera son suficientes. Las gallinas andurrean libres por las calles de este pueblo del extremo suroriental de Guadalajara que llegó a tener 230 habitantes y que, desde 1970, está integrado como pedanía de Alustante. Hace más de diez años que Matías vive solo en Motos. Lorenzo, que andaba jodido, vendió las ovejas y se marchó a Barcelona. Jesús se deshizo del ganado que pastoreaba y se fue a un piso de Teruel. Solo quedó Matías, con sus cuatrocientas ovejas, doce gallinas, tres gallos, dos perros —Pancho y Tula— y un puñado de gatos que ronronean al visitador.

Una borrega, se supone que indispuesta y apartada del rebaño, observa desde el fondo de la oscura paridera la mirada curiosa

del forastero. No se oye más que el viento cortante por encima de los 1.400 metros, el zumbido salmódico de las moscas y el maullido de un gato que implora compartir el pan con queso de la comida más solitaria que uno recuerda: sentado en el banco corrido de una casa orientada al sur y con cobertura intermitente en el teléfono.

El reloj avanza, la paciencia retrocede, el sol declina y deja de calentar. Al cerro se sube varias veces. Ni rastro de Matías. O sí, en cierto modo. El espíritu de Matías, el alma de Motos, la esencia de los Montes Universales y de su anémica densidad de población — menos de un habitante por kilómetro cuadrado en los 41 pueblos de la zona— adquieren ahora su auténtico significado. Lo que era pura estadística ya es una sensación que ha penetrado en el sentir de quien venía buscando al único habitante de Motos y se marcha, poco antes de que anochezca, sin conocer al tal Matías pero sabiendo, de verdad y por vez primera, qué es la despoblación y el reguero de soledad que tras de sí deja.

DE CAMINO a los Montes Universales hay dos horas en coche. Solo nueve vehículos salen al paso durante ese largo, ascendente y sinuoso trayecto. Nadie pasa por aquí, casi nadie viene por aquí, muy pocos salen de aquí. Nubes bajas o tierra alta, todo es cuestión de percepción. Pinos al borde del camino como compañeros de viaje o centinelas mudos ante un silencio desértico, todo es cuestión de predisposición.

Así se llega a Checa. Enclavado en el epicentro de la catástrofe demográfica, donde vive menos población por metro cuadrado de toda España, fue un lugar de paso estratégico. A veces, de paso tan inusitado como el de la sección de rusos blancos que llegaron aquí durante la Guerra Civil. Firmes defensores del zar y enemigos de los rojos, se exiliaron de la Madre Rusia cuando los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno en la Revolución de Octubre de 1917. Muchos acabaron en París. Veinte años después de ser de-

TERUEL. Demotanasia

NADA MÁS ENTRAR A Teruel aparece a la izquierda una empresa de pompas fúnebres y a la derecha un tanatorio. Aroma a muerte, traiciona el subconsciente tras haberse anegado de desolación, después de una soledad que ha encharcado la mirada. Atrás queda una tierra yerma pintada con una paleta de ocre y marrones que olvidó el verde. Un horizonte tortuoso como un infinito cardiograma espaciado. Una sucesión de diminutos pueblos confinados al destierro, forzados a una clausura de reclusión y aislamiento impropia de este tiempo. El crepúsculo demográfico, el ocaso de la sociedad hiperrural. El decadentismo de un mundo que se extingue sin alternativa.

No es difícil encontrar aparcamiento a mediodía en el ensanche de la capital turolense. Los pasos encaminan por inercia hacia un parque amplio y soleado: buen sitio para comer en un banco alguna provisión del maletero y mejor lugar para ver, mirar, observar. Tres abuelas sentadas matan el tiempo antes de asistir al espectáculo escolar de sus nietos por el Día de la Paz. Un hombre en cuclillas, cigarrillo en la boca y paletilla en la mano, hace un remiendo en un murete bajo. Otro hombre figonea desde la ventanilla del coche las piernas, enfundadas en mallas de leopardo, de una atractiva joven que piensa en todo menos en el conductor y el albañil. Pasan tres niños y la que va en el medio manosea un móvil con carcasa fucsia. Varios corredores circundan la plaza al trote. Los niños bajan del columpio y emprenden el camino a la

escuela para la sesión vespertina. Un anciano toma el sol junto a una cabina que cuenta los años para ser declarada monumento protegido. Dos mujeres de setenta con tinte en el pelo, pantalón negro y anorak colorido miran con recelo el bolígrafo y el cuaderno de quien va tomando notas. Un sudamericano de pelo electrocutado escucha música alienado en sus auriculares. La gente camina con el móvil en la mano mientras desliza sus yemas por estos rosarios sudados y desgastados de la religión contemporánea. Se oye el rodar de los coches y el escape libre de una moto estruendosa. Los balcones asoman su ropa tendida y las persianas, altaneras, cortejan a un sol tibio. Una chica rubia con pantalón roto transmite notas de voz por teléfono. Una jovencita pelirroja con rastas y bolsa Pepe Jeans se cruza con una mujer que supera los cuarenta y se aferra a su bolso Tous de imitación. Una sudamericana con labios rojos se ha calado un gorro aterciopelado con borla en este día de poco frío que permite la coquetería invernal. Un hombre con ropa de montaña pasea con resignación su brazo derecho en cabestrillo. Pasa el autobús urbano. Necesitaba tener una amiga así, le confía una adolescente a otra con una de esas sonrisas puras y fieles que marchita la madurez. El runrún del paso de los coches insiste como banda sonora constante, como una base rítmica que a veces anestesia el sentimiento de soledad y otras veces lo exagera: así de bifronte es la ciudad. Dos madres empujan el carro de sus hijos y, al encontrarse, una le dice a la otra: ¿No lo llevas dormido hoy? Los niños ya cantan a la paz en el patio escolar y uno imagina a cada una de las tres abuelas mirando únicamente a su nieto. Un coche pasa fugaz con la música atronadora y deja como estela una herida sonora que en pocos segundos cicatriza. Una mujer se acerca al rostro unas uñas de color amarillo para encenderse el cigarrillo. Un chico empuña una bolsa del supermercado cargada. Una mujer magrebí con pañuelo gris en la cabeza vocifera en árabe por el móvil mientras agita con nervio la otra mano en una discusión indescifrable. Una mujer le

LA RIOJA. «O te mueres, o te vas»

EN EL PRINCIPIO CREÓ Dios el cielo y la tierra. La tierra era algo uniforme y vacío, las tinieblas cubrían el abismo. Entonces Dios dijo: Hágase la luz. Y la luz se hizo. Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Este fue el primer día. Y la aldea riojana de El Collado, como todo lugar, quedó iluminada de día y devorada por las tinieblas al anochecer.

Más tarde, en 1879, una divinidad laica llamada Thomas Edison perfeccionó la primera lámpara incandescente. Aquella bombilla sellada al vacío era un filamento de bambú carbonatado y duró encendida más de cuarenta horas. Entonces Edison dijo: Hágase el negocio de la electricidad. Y el espectáculo hízose. En la madrugada de Año Nuevo de 1879 a 1880, Edison exhibió en público su legendario invento al encender justo en la medianoche los postes de luz que había en la calle de su taller. La Christie Street de Menlo Park, a cincuenta minutos de Nueva York, pasó a la historia como la primera avenida del planeta con alumbrado público eléctrico. Y pasaron 135 años. Y cuando todo el mundo se había hartado de encender y apagar la luz eléctrica en sus casas y en sus calles, en la aldea riojana de El Collado —un pedazo de tierra casi uniforme y vacío como en los tiempos del Génesis— seguían luchando contra las tinieblas cuando caía la noche. Así continúan.

Conducir en solitario hasta los 1.095 metros de altitud sobre los que se eleva El Collado invita a dejar volar la imaginación para,

poco después, querer enjaularla de nuevo. Primero, las altas e interminables montañas erguidas como en un mundo ideado por Tolkien, aunque sin anillos ni tesoros, evocan la imagen de un paraíso virgen. De una tierra cuya rotación y traslación discurren al margen del biorritmo general y los tempos humanos. La tierra ondulada compite con la montaña. La vid con el olivo. La soledad con una sensación nítida de destierro y extinción.

Emplazada en el valle del río Jubera, en el centro de La Rioja, la aldea de El Collado pertenece al municipio de Santa Engracia del Jubera. Sus nueve núcleos —algunos deshabitados— arrojan la escalofriante densidad poblacional de 1,85 habitantes por kilómetro cuadrado. Una simple comparación agudiza la gravedad del dato: en la ciudad de Logroño, en 79,5 kilómetros cuadrados viven 151.000 personas; en Santa Engracia del Jubera, en 86 kilómetros cuadrados de terreno verde y más verde únicamente habitan 159 personas. Casi mil veces menos.

Pero es que, además, esa cifra corresponde al padrón oficial y está sobredimensionada. Según un estudio de campo realizado por la Asociación para la Defensa y Protección del Valle del Jubera y Camero Viejo, con datos recabados de los ayuntamientos y los vecinos asentados en invierno, solo hay 45 personas que habiten realmente durante todo el año en Santa Engracia del Jubera y sus aldeas. Es decir, una densidad real de 0,5 habitantes por cada kilómetro cuadrado. El mismo estudio amplía el foco y radiografía sobre el terreno los 19 municipios y las ocho aldeas de las subcomarcas riojanas del Valle del Jubera y del Camero Viejo. Solo 461 habitantes residen de forma permanente en esa extensión de 384 kilómetros cuadrados, una superficie equivalente a la suma de las ciudades de Alicante, Castelló, Benidorm y Oropesa. O que quintuplica el territorio de la ciudad de Logroño. En esa área, más grande que Malta o las Maldivas, la densidad humana real es de 1,2 habitantes por kilómetro cuadrado. Hay menos de 500 personas en total, diez veces menos que a comienzos del siglo xx.

BURGOS. Templo de silencio

DON NICÉFORO. SU NOMBRE era áspero y lejano para un pueblo de topónimo dulce y familiar como Gumiel de Izán. Aquel cura —recto, entregado, bueno— impresionó a Moisés. El niño tenía once años. Hijo de padre analfabeto y familia pobre, el chico dijo quiero ser cura. Una quimera, un imposible. En casa no había dinero para seminarios. Quítatelo de la cabeza, niño. Pasaron tres años. Y si los caminos celestiales son inescrutables, el que llevaba del monasterio de Santo Domingo de Silos a Gumiel de Izán era claro e inequívoco: cuarenta kilómetros de senda estrecha y sinuosa.

Un monje de Silos enviado para captar vocaciones y engrosar la cantera monástica visitó el colegio de Gumiel. Quién se quiere venir a Silos. Moisés vio como se abría el mar Rojo de su vida. Se llevó a casa al monje, de nombre José Luis, sin decir ni mu a sus padres. No pudieron negarse a la encerrona y accedieron a que su hijo marchara a Silos.

Moisés contaba catorce años cuando cruzó las puertas de esta imponente abadía benedictina del siglo XI. Bachillerato, noviciado, profesión temporal y luego perpetua de votos. Estudios de Teología, ordenación sacerdotal y cometidos bien distintos: portero del monasterio, maestro de novicios, director del coro y ahora prior. Ya ha transcurrido medio siglo desde aquella entrada adolescente en el templo del *ora et labora*. Moisés Salgado continúa entre los gruesos muros del cenobio. Cantando gregoriano en latín, conver-

sando con los huéspedes de la hospedería o merodeando el pétreo claustro donde se yergue el famoso ciprés, que es tanto de los monjes como de Gerardo Diego. Mástil de soledad, prodigio isleño, flecha de fe, saeta de esperanza. Silos: templo del silencio y la solitud. Una metáfora extrema de la quietud y el sosiego en el que pace el Burgos rural.

—MUY LEJOS queda el mundanal ruido. ¿Qué es Silos?

—Los monasterios son como un desierto. La vocación monástica responde a una manera de ser del ser humano. No es una reacción enfermiza o neurótica, ni mucho menos. El ser humano es acción, pero al mismo tiempo debe ser reflexión, descanso, oración para quien sea creyente. Raimon Panikkar dice que el hombre nace ya con un arquetipo monástico, y yo creo que esta estructura monástica lleva a ciertas personas a lugares como este. El monasterio sería una especie de reserva natural donde encontrar un espacio de paz y tranquilidad. Porque en la estructura normal de la sociedad no podrían desarrollar el germen monástico que los monjes llevan en su interior. No se trata de huidas hacia adelante ni de falsas fugas, sino de buscar el clima adecuado para una semilla que el monje tiene dentro y que ha de plantar en una determinada tierra porque, si no, no puede brotar ni crecer. Esa tierra es el monasterio: una tierra de paz, de sosiego, de ausencia de ruidos, de soledad y silencio.

—¿Qué es el silencio?

—El silencio son muchas cosas. La más elemental: ausencia de ruido externo. Esa es una condición necesaria. El hombre es un ser silencioso, necesita el silencio por su constitución natural. Primero, con ausencia de ruido externo: sin interferencias sociológicas. Pero luego está el ruido interno. Ese es el más difícil de acallar y el más peligroso. Es el ruido de nuestras ambiciones y pasiones

VALENCIA. Maquis del sistema

HABÍA UNA VEZ UNA tierra idílica. Una arcadia de huerta y playas donde nunca faltó sol, brisa, paella, naranjas, pasodoble, traca y algazara. Con el paisaje de la Malvarrosa pintado por Sorolla y la exuberancia de bancales glosada por Blasco Ibáñez, así era el Levante feliz: la patria de la abundancia y la plácida prosperidad.

Hubo una vez un tópico romántico y falso, surgido en la segunda mitad del siglo XIX y popularizado por la prensa madrileña de los años treinta, que encandiló a los forasteros al idealizar la huerta valenciana como una fuente inagotable de riqueza, armonía y bienestar. Que además extrapoló esa imagen distorsionada y edulcorada de la capital y su entorno a todo el mapa valenciano. Que lo estereotipó en bloque sin mostrar piedad por el interior de un territorio que era frío, seco, árido y montañoso. Donde la vida siempre fue dura, trabajosa y áspera como un margen de piedra en seco. Donde imperó el aislamiento y la incomunicación en sus polvorientos caminos, en sus pedregosas veredas.

A aquella otra Valencia que mira a poniente, castellana en el habla, sin regadío ni llanos y despoblada de gentes, pertenecen la Serranía y el Rincón de Ademuz: dos comarcas limítrofes del interior valenciano que nadie asociaría a la etiqueta del Levante feliz, un mito al fin agotado y superado por su reverso: Corruptilandia.

Estos dos enclaves se hallan integrados —la Serranía solo en parte— en la gigante mancha semivacia que es la Laponia espa-

ñola. Diecisiete extensos pueblos y un rosario de aldeas con menos de 9.000 habitantes en total para una superficie equivalente a 200.000 campos de fútbol. No llegan a 6,3 personas por kilómetro cuadrado: cuarenta veces menos que la media provincial. Es el *far west* valenciano.

Había una vez —en un cuento que sí fue real— una Valencia que se pobló de maquis. De guerrilleros cuya resistencia desafiaba al sistema impuesto; de combatientes que se escondían entre las montañas de la Serranía y el Rincón en una vida precaria, clandestina y anacrónica. Eso mismo me parecen Juanito Yuste y Fermín Luz, en el más noble sentido de la palabra maquis y del concepto resistencia, cuando llego a Sesga.

A Sesga se llega —o mejor, se sube— por un caminal sin quitamiedos que conduce a la última estación de un viacrucis de trece kilómetros con empinadas vueltas y revueltas entre sabinas y carrascas. Esta remota aldea de Ademuz, la más alejada de la villa y encaramada a 1.180 metros de altura, es un caso especial. La electricidad y el agua potable no la visitaron hasta el año 2001. Da risa ver a la entrada del villorrio la torre de la luz con una señal triangular amarilla: alta tensión, peligro de muerte. Han pasado de la nada al todo. Diabólica modernidad.

El coche se detiene junto a los corrales semihundidos y las eras abandonadas. Una vez más en este recorrido por la Ruta 66 de la despoblación uno se siente teletransportado a una órbita desconocida, a una lógica ignota. La paz es completa en esta mañana de sábado. Por la calle central de Sesga —calles de tierra— el silencio solo lo quiebran unos albañiles que trabajan en la reforma integral de una casa. Quién será el valiente, el loco o el afortunado que la costea, se preguntaría cualquiera.

Apenas una decena de personas viven todo el año en Sesga. ¿Y usted? Todo el año y toda la vida, responde Juanito. Setenta y siete años, estatura corta, muleta en el brazo derecho, gorra vieja,